

A LAS PUERTAS DE UN NUEVO CÓNCLAVE (1)

DOS CÓNCLAVES EN MENOS DE 50 DÍAS

SANTIAGO CALVO VALENCIA

Cuando nos vamos recuperando de la sorpresa que nos produjo la renuncia de Benedicto XVI vamos a vivir días de expectación, esperando la elección del nuevo Papa, que saldrá del cónclave, recuerdo los dos cónclaves del año 1978, en que fueron elegidos en cincuenta días dos Papas, Juan Pablo I y Juan Pablo II.

Fui a Roma, acompañando a don Marcelo, a mediados de agosto de 1978. El día que llegamos fue invitado a cenar a la residencia de las Religiosas de la Compañía de Santa Teresa, por don Cipriano Calderón, obispo español, que trabajaba en el Vaticano desde hacía treinta años y conocía a la perfección los ambientes de la Curia Vaticana. Ese día ya le llevó un libro titulado *Ilustrísimos señores*, se lo entregó a don Marcelo y le dijo: «Lea este libro, porque el autor ya está empezando a sonar como fuerte candidato para ser elegido Papa». El autor era el Patriarca de Venecia, Cardenal Luciani.

Al día siguiente empezó la vida normal que hacían esos días los cardenales: reunión todas las mañanas en el Vaticano junto con todos los demás cardenales, cuyo número fue aumentando cada día. Por la tarde –dato importante–unos días iba a visitar a algunos cardenales y otros recibía visitas de cardenales en su residencia. ¿De qué hablaban en esas visitas? Se lo pueden imaginar: de ver quienes podrían ser los candidatos y quién podría ser el más apropiado.

Señalaron como fecha para entrar en conclave el 25 de agosto. El día antes yo acompañé a don Marcelo a ver la habitación del segundo piso del palacio vaticano, que en la vida ordinaria se utilizaba como despacho. Era una habitación que daba a un patio interior bastante grande. Tenía la ventana precintada y los cristales pintados de un materia que podía ser lo que llamábamos «blanco España», de manera que no se podía ver a nadie, ni nadie podía ver desde fuera al que estaba dentro, aunque tuviera abiertas las contraventanas.

Era lo más sencillo que uno se puede imaginar: una cama, una mesa de tamaño mediano, un lavabo portátil, con un jarrón de agua y dos sillas. La única ventilación la recibía de las «loggia», que daba al



patio de San Dámaso. Al ser verano y no tener ventilación exterior y llevar cerrada la ventana desde hacía unos días, hacía un calor agobiante.

Aprovechamos para recorrer los espacios del cónclave, que eran despachos convertidos en dormitorios y las estancias de los palacios vaticanos, acomodados para y comedor y sala de estar. En la Capilla Sixtina, donde tendrían las reuniones vimos la estufa en que se quemarían las papeletas. Allí sobre una mesita había unas tiras finas como alambres, de unos veinte centímetros de longitud, unas de color gris y otras negras.

Nos dijo un empleado que las tenían preparadas para echarlas en la estufa cuando se quemaran las paletas. Si el resultado de la votación era negativo, se echaría una mecha negra, que haría el humo negro. Cuando fuera positiva echarían una mecha blanca que haría –como ya habían probado– humo blanco. Se iba a suprimir lo que venían haciendo con paja seca para la votación positiva y mojada para la negativa.

El primer día, en la cuarta votación, segunda de la tarde, salió elegido Papa el cardenal Luciani. Hubo unos minutos, casi una hora de confusión, porque, con la puesta de sol y el contraluz, desde la plaza de San Pedro no se apreciaba si el humo era blanco, gris, o negro. Además, lo que ocasionó la mayor confusión fue que uno de los cardenales diáconos, encargado de

quemar las papeletas, se emocionó por la alegría de haber elegido Papa tan pronto y por el nombre del elegido y queriendo hacer mucho humo blanco, echó en la estufa todas las mechas grises que había, y consiguió que el humo saliera del color indefinido.

Yo estaba en la plaza de San Pedro, con don Ángel Rubio, actual obispo de Segovia. Logramos llegar corriendo desde el centro de la plaza hasta la fachada de la basílica de San Pedro y colocarnos en la primera fila, justo a la izquierda del balcón en que iba a salir el nuevo Papa. Allí lo presenciamos y vivimos con toda emoción al Papa y a los cardenales que salieron acompañándole. En el balcón de la izquierda salió don Marcelo, a quien saludamos desde abajo y nos hizo señas con la birreta que llevaba en la mano.

Los cardenales entraron en cónclave el día 25, eligieron Papa el 26, por la tarde, y salieron el 27, a las 11 de la mañana. Don Ángel Rubio y servidor fuimos los primeros en entrar al recinto del cónclave y vivir unas escenas muy emotivas que,



por falta de espacio, es imposible describir. Recemos para que el Espíritu Santo ilumine a los cardenales para que acierten en la elección del nuevo Papa.

A LAS PUERTAS DE UN NUEVO CÓNCLAVE (II)

EL DÍA EN QUE FUE ELEGIDO JUAN PABLO II

SANTIAGO CALVO VALENCIA

La muerte del Papa Juan Pablo I, el 29 de septiembre de 1978, nos dejó el dolor de la pérdida de un ser querido. Aunque su pontificado duró sólo 34 días, su bondad había calado en el alma de todos.

Algunos cardenales acababan de regresar de Roma a sus diócesis cuando recibieron la noticia del fallecimiento del Papa y tuvieron que volver rápidamente. Regresaban con dolor, y a la vez mirando hacia adelante, convencidos de que la Iglesia seguía y de que empezaba una nueva etapa. A medida que iban llegando se iban incorporando a las reuniones que tenían en el Vaticano. Y ahora tenían la ventaja de que ya se conocían todos.

Recuerdo que nada más llegar a Roma, don Marcelo me dijo que llamara a don Cipriano Calderón, el obispo que conocía como nadie los ambientes vaticanos, que se presentó en la Casa Generalicia de las Teresianas, llevando en la cartera un libro, titulado «Signo de contradicción». Era el texto de las meditaciones de los ejercicios espirituales, que el arzobispo de Cracovia, Cardenal Carlos Wojtyła, había predicado el año anterior a Pablo VI y a los miembros de la Curia Vaticana. Y dijo a don Marcelo: «Lea este libro. Le puede ser muy útil cuando tenga que depositar su voto».

Este cónclave no fue tan rápido como el anterior. Los cardenales entraron el sábado, día 14 de octubre a las tres de la tarde, hicieron cuatro votaciones al día siguiente y otras cuatro el lunes, día 16, y en la cuarta fumata de este día, también al atardecer, como en el cónclave anterior, salió el humo blanco, que anunciaba que teníamos Papa.

Una cosa curiosa. Un poco antes de que saliera la fumata blanca, dos religiosas españolas, que tienen casa en Roma y un colegio en Toledo, «Las Terciarias», que estaban en la plaza de San Pedro y conocían a los guardias del Vaticano, se acercaron a saludar a uno que estaba cerca de la puerta de bronce, y éste les dijo: «Creo que ya hay Papa. Los compañeros que están de vigilancia junto a la puerta me han dicho que dentro se oye cantar el



Te Deum». Estas dos religiosas lo comentaron a unos conocidos que estaban cerca de ellas y la noticia se fue corriendo como pólvora, por los corros de la plaza, pero la chimenea no echaba humo. A los 5 ó 6 minutos comenzó a salir el humo blanco y empezaron las carreras de los que queríamos ponernos en la primera fila, debajo del balcón por el que iba salir el Papa.

Hasta allí llegamos de nuevo don Angel Rubio y un servidor y allí estaban ya dos jóvenes napolitanos, que habían ido a Roma en viaje de novios, y estaban viviendo el acontecimiento con toda la ilusión juvenil. Pasaban por delante de los que estábamos esperando que se abriera el balcón para anunciar el nombre del nuevo Papa y ellos nos iban preguntando: ¿Quién de los dos va a ser Papa, Ursi (de Nápoles) o Papalardo (de Palermo, en Sicilia)? Recuerdo que les dije: Pronto nos lo dirán. Puede ser que ni uno ni otro. Y ellos insistían: Pues sí, tiene que ser uno de los dos. Y lo decían convencidos, como si no hubiera otros candidatos.

Al fin se abrió el balcón, empezaron los gritos en la plaza. Salió el Cardenal Protodiácono, el Cardenal Felici, y dijo en latín con voz muy alta y muy clara: «Habemus Papam, Cardinalem Carolum...» Y se detuvo unos segundos. Todos los que teníamos el periódico con los nombres de los cardenales fuimos a buscar quiénes se llamaban Carlos, el primero el Decano

del Colegio Cardenalicio, Cardenal Confalonieri, que no había entrado en el cónclave por pasar de los 80 años, y al decir el apellido nos desconcertó. Lo pronunció a la polaca, de manera distinta a como se escribe: «Voitibua». Se oyó la exclamación de unos que estaban a nuestro lado: ¡Es un negro...! Y enseguida otro más enterado dijo: Es un polaco, el cardenal de Cracovia. Casi todos dimos un grito: «Viva el Papa». Los que se quedaron callados eran los napolitanos recién casados, que se acercaron a don Ángel y a mí y nos dijeron con desilusión: «Un extranjero». Cuando nos vieron gritar con entusiasmo nos dijeron: «Pero ¿sois polacos?» «¡Qué va!», les respondimos, «somos españoles, de Toledo». Y ellos repitieron: «Un extranjero». Les contestamos de

nuevo: «En la Iglesia no hay extranjeros, todos somos hermanos. Que igual da que sea italiano o polaco. Lo importante es que sea bueno y que dure». Se lo dijimos tan convencidos que lo aceptaron, aunque con cara de resignación.

Y así salió un Papa muy bueno, que ya está beatificado, y duró 28 años, gracias a Dios. Pues ahora recemos para que Dios nos conceda un Papa muy bueno y que dure. Que los Cardenales, iluminados por el Espíritu Santo acierten y elijan el Papa que hoy necesita la Iglesia.

A los dos días de la elección, el Papa Juan Pablo II recibió al Colegio Cardenalicio. Cuando don Marcelo se acercó a saludarle, le dijo el Papa: «Oh, don Marcelo, el Cardenal de Toledo. ¡El 'alcazar' de Toledo! En mi país rezábamos por los héroes que estaban en encerrados en el 'alcazar' de Toledo». Don Marcelo le dijo: «Santidad, en Toledo y en toda España tendríamos una gran alegría si Vuestra Santidad viniera a España y visitara Toledo». «Bueno, ahora es pronto, le dijo el Papa, pero



si me gustaría ir a España y visitar Toledo». Y a Toledo vino el día de San Carlos, su Santo, el 4 de noviembre de 1982. Y Toledo le recibió con gran alegría.